

LIBROS

Jan Potocki: Enciclopedismo y picaresca

De unos años a esta parte venimos asistiendo —tal vez a causa de una solapada invasión de la mentalidad «camp» en todos los sectores de la cultura— a la desmesurada hipertrofia editorial de una literatura que, hace apenas un par de décadas, era tenida por trivial y casi despreciable. Me refiero a esa literatura fantástica y macabra, mágica y folletinesca, que hizo su aparición en la segunda mitad del siglo XVIII y que, gracias al apogeo romántico del irracionalismo burgués, alcanzó su máximo florecimiento en pleno siglo XIX. La literatura romántica fue, en gran parte, una reacción ideológica contra la filosofía de la Ilustración. Pero nadie habría imaginado que, centuria y media más tarde —en una época en la que parece imposible eludir cualquier especie de compromiso—, los lívidos espectros de Anne Radcliffe y los cloróticos vampiros de Sheridan Le Fanu resucitasen en olor de «best-sellers». Sin embargo, así ha sucedido; y no vamos ahora a rasgarnos las vestiduras por el hecho de que «Los misterios de París» haya desbordado editorialmente a «La náusea» (que a tan elevado precio y de maduro adquiríamos los adolescentes inquietos de los años cincuenta).

Estas premisas se han de tener en cuenta a la hora de valorar en su justa medida la publicación en España del «Manuscrito encontrado en Zaragoza», de Jan Potocki, novela fantástica que gozó en su tiempo de cierta fama y que, hace algunos años, fue llevada al cine con excelentes resultados por el realizador polaco W. Has.

Jan Potocki, aristócrata polaco nacido en 1761, fue un extraño e interesante personaje: viajero, erudito, oculista... Su espíritu progresista le hizo tomar contacto con los hombres de la Enciclopedia; ya en su país se mostró tan

abiertamente partidario de las ideas liberales, que incluso llegó a ser acusado de jacobino. Estuvo en España en dos ocasiones; consecuencia de estos viajes fue la publicación, en 1804, del «Manuscrito encontrado en Zaragoza». En 1815, a causa de graves dolencias neurálgicas, se suicidó con una bala de plata que él mismo había pulido para adaptarla al calibre del cañón de su pistola.

Al leer el «Manuscrito», podría pensarse que se trata de una novela más al servicio de la reacción anti-ilustrada; pero esta tesis carece de fundamento, máxime si se conoce la personalidad del autor. Caro Baroja, prologuista de la traducción castellana, considera a Potocki como un precursor de los escritores románticos —Merimée, Barrow, Gautier, Washington Irving— que más tarde visitarían España. La afirmación es correcta. Pero yo pienso que, al margen de su papel como pre-



romántico, el conde Jan Potocki, ilustrado de pies a cabeza, intentó llevar a cabo una obra de creación, aderezada con un elemento exótico —el ambiente español entreverado de un clima cabalístico— y sometida a un tratamiento técnico peculiar —el de la literatura picaresca—, que, sin alcanzar esa clara intención didáctica de los enciclopedistas, se orienta primordialmente hacia la sátira. Y no se trataría de una sátira personal, como insinúa Caro Baroja («alusión a personas que son de lo más respetable que tuvo la España de fines del XVIII»), sino de costumbres, instituciones, ideas y prejuicios. En este sentido, el «Manuscrito» me recuerda, salvando las distancias, al «Zadig» de Voltaire o al «Jacques le fataliste» de Diderot.

Porque, en el «Manuscrito», lo macabro no es jamás abso-

lutamente macabro, ni lo esotérico absolutamente esotérico. El lector tiene constantemente la impresión de que Jan Potocki se está burlando de todo. Y, en efecto, la fantástica estructura del relato se halla salpicada de imprevisas pinceladas de ironía. El «Manuscrito encontrado en Zaragoza», más que una «obra maestra de la literatura fantástica de todos los tiempos» —en opinión de Roger Callois—, es, a mi juicio, la valiosa muestra de una difícil síntesis entre el pensamiento enciclopedista y el más incisivo humor negro de nuestra literatura picaresca. ■ SANTERBAS.

JAN POTOCKI, «Manuscrito encontrado en Zaragoza». Prólogo de Julio Caro Baroja. Traducción y notas biográficas de José Luis Cano. Ed. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1970.

«La lozana andaluza»

Menéndez Pelayo había dicho que este relato de Francisco Delicado constituía un libro «inmundo y feo», de «nulo» valor estético, con in-

dependencia de su interés como documento histórico. Aunque otros muchos opinaron de distinto modo, lo cierto es que el juicio de Menéndez Pelayo prevaleció y, durante muchos años, la extraordinaria novela de Delicado anduvo entre penumbras y clandestinidades.

Recientemente, el texto ha sufrido una especie de revalorización pública, y no precisamente, según parece preocupa a Bruno Damiani, el responsable de esta excelente edición de Castalia, porque se haya descubierto un fondo moral y una función aleccionadora tras las supuestamente obscenas páginas de Delicado. Decir que el saco de Roma prueba la intención condenatoria del libertino mundo que le precedió, o que no puede considerarse obsceno un libro que muestra las soledades y repugnancias de la vida prostibularia, es un modo pueril de irse por las ramas, puesto que el valor de «La lozana andaluza» no está, en ningún caso, supeditado al resultado de ese tipo de disquisiciones. Recordemos todo el infantilismo moral que, en el mismo sentido, envolvió nues-

tra primera aproximación a «La Celestina».

Señalar las relaciones literarias entre «La lozana andaluza» y otros textos inmediatamente anteriores o posteriores quizá sea también, aunque más importante que lo anterior, secundario. Con lo que, a mi modesto modo de ver, se haría inaceptable la posición tradicional, encarnada por Menéndez Pelayo, no tanto porque fueran falsas sus conclusiones, sino, lo que parece más grave, por la irrelevancia de sus criterios. «La lozana andaluza» podría ser un relato obscuro y sin conexiones literarias, y, al mismo tiempo, una extraordinaria descripción de la época, una galería de personajes vivos, una imagen popular de Roma, una excepcional y libre visión de la realidad. En todo caso, frente a la literatura domesticada, frente a la imagen de una España entregada a misioneros trascendentales, «La lozana andaluza», como antes el Arcipreste o «La Celestina», expresan esa otra España renacentista y soterrada, amiga de los placeres y las sensaciones temporales. Viene así «La lozana andaluza» a convertirse

Rosas rojas para Sean O'Casey

El recuerdo, en cajas de zapatos

El mes de marzo pasado, Sean O'Casey hubiese cumplido noventa años. Si le hubiera sabido la compañía que representaba en el Beatriz, de Madrid, «Rosas rojas para mí», hubiese depositado unas rosas rojas para él. No lo supo, no lo supo nadie: «Nadie lo ha celebrado en el mundo», ha dicho en París la viuda de O'Casey a la periodista Mary Blume. La que fue su compañera desde que se casaron en 1927 hasta que el dramaturgo murió en 1964 —cuando tenía ochenta y cuatro años— ha ido a París para presenciar una ópera basada en «El arado y los estremos». Desgrana sus recuerdos:

—La gente no conocía bien a Sean. Podía ser arrogante con alguien que no le gustase, pero era fundamentalmente bueno. Lo que le importaba era la verdad. Lo que consideraba como verdadero lo defendía hasta el final. Era, sobre todo, una persona normal. Es la mejor forma de definirle: un ser normal. No sé cómo comenzó a escribir.

«En los últimos años se enristeció. Tenía la vista enferma, sus obras se representaban poco. Contestaba con su propia mano las cartas de

los jóvenes que le hablaban de sus obras. Apenas salía de su estudio. La limpieza de su cuarto debía hacerse a gran velocidad, para que pudiera entrar en él en seguida.

«Llevaba a su cuarto a las personas a las que quería de verdad. Cuando estaba en el hospital, terminando su vida, quería regresar. Regresar a su habitación.

Eileen O'Casey abandonó la casa de campo cuando murió Sean. Se fue a vivir a Londres.

—No hubiese podido soportar seguir allí sola... Me hubiese vuelto alcohólica... ¿Qué iba a hacer en otoño, cuando los árboles comienzan a desnudarse?

Ahora está escribiendo sus Memorias, sus recuerdos, su vida con Sean O'Casey. No conserva demasiados documentos de entonces...

—Cambiabamos demasiado de residencia, y yo era muy descuidada. Fue George Bernard Shaw quien, avanzado ya nuestro matrimonio, nos recomendó que lo guardásemos todo en cajas de zapatos. Le hice caso, y así se salvaron muchos papeles. ■ P. B.